

TU REFLEJO

Son las 7:00, apenas ha amanecido y ya te has levantado como cada mañana desde hace unos meses, con esa sensación extraña de que los días nacen muertos. Lo primero que has hecho ha sido ir al cuarto de baño a hacer un “pis” y lavarte la cara. Durante unos instantes miras a esa mujer de mediana edad que de un tiempo a esta parte te da los buenos días desde el otro lado del espejo y te cuesta reconocerte en ella. Aún le quedan restos del maquillaje de la noche anterior en el rostro y tiene un agujero nuevo a la altura de la barbilla. No consigues acostumbrarte a esas zonas vacías que empezaron a salirle a tu reflejo poco después de que comenzases con el nuevo trabajo.

La primera le salió en la frente y te asustaste mucho. Era como si hubiesen hecho un circulito con una goma de borrar por encima de la ceja. Dónde tendría que haber carne no había nada. Tardaste más de una hora en convencerte de que esa “nada”, no estaba en ti sino en tu reflejo. Solo cuando llevaste a Martina hasta el espejo para que lo viese y con ese tono de desprecio que solo los adolescentes son capaces arrojar a sus padres te preguntó:

—¿Mamá estás loca?, ¿qué narices quieres que vea? —comprendiste que, el agujero, la “nada” o lo que eso fuese, solo lo veías tú.

Después de eso empezaron a salir más. Uno, a veces dos por día de trabajo. Zonas transparentes, pequeñas e irregulares, que te salpican el rostro en el espejo. Como si tu reflejo estuviese desapareciendo poco a poco. Te gustaría reunir valor para verte desnuda por completo, comprobar si también están surgiendo vacíos en otras partes de tu cuerpo, pero no lo haces. Tienes miedo de que tu hija tenga razón y se te esté yendo la cabeza.

Esto es una preocupación nueva que añadir a las que ya tienes. La televisión lleva días informando sobre el aumento de las enfermedades mentales, sobre todo entre las mujeres, a consecuencia de la pandemia y se te ha pasado por la cabeza si a ti, quizás, también te está afectando. —Va, solo es mi imaginación —dices—, se me pasará. No quieres hacerte la valiente, es simplemente que no te puedes permitir caer enferma. ¿Qué sería de Martina? Además, empiezas a sospechar que quizás sea el estrés del nuevo trabajo el causante de esta locura. Te está costando adaptarte a él.

Antes de que este pensamiento haga nido en tu cabeza te das la vuelta y sales del baño. Sabes, porque te ha ocurrido otras veces, que, si te quedas mucho tiempo allí, te deslizarás por un tobogán de preocupaciones y empezarás a darle vueltas a todos los sueños que te ha robado el “bicho”, como sueles llamarlo, y la certeza de un futuro incierto te caerá encima hasta aplastarte.

A las 7:15 vas a la cocina, te preparas un café y mientras le das vueltas piensas en la señora a la que cuidabas hasta hace unos meses. Te caía bien la anciana. Su hijo, el que te contrató, también parecía majo. Por limpiar la casa y cuidar a la mujer te pagaba una miseria, pero más que en otras casas y era amable. ¿Quién iba a pensar que cuando su madre cayó enferma del Covid no te iba a decir nada? Una semana entera estuviste cuidando a la señora durante 6 horas al día y él, callado. —Es un catarro —decía—, el médico no le ha dado importancia. El muy sinvergüenza sabía que no encontraría a nadie que cuidase a la anciana en esas circunstancias y no le importó si te contagiabas o no, ni que pudieses pegar el virus a tu hija o llevarlo a la casa que limpiabas los sábados. Hasta que no la ingresaron no te dijeron que tenía Covid. Luego te ofreció darte el sueldo de tres meses si firmabas un papel diciendo que le habías ayudado con la enferma voluntariamente. Aceptaste. Deberías haber hecho caso a Martina y haberle denunciado, pero no tuviste valor. Ni siquiera sabes si podrías haberlo hecho o no. Necesitabas el dinero, te quedabas en la calle y además encerrada por cuarentena. Por supuesto también perdiste la casa que limpiabas los sábados.

Miras el despertador; las 7:45. Es la hora de levantar a tu hija para que se vaya al instituto. Sonríes. Estás orgullosa de ella, es buena estudiante. Con suerte y tu esfuerzo llegará lejos y no tendrá tu vida. Si este nuevo trabajo, además de comer y pagar el alquiler te permitiera comprarle un ordenador para que no tenga que hacer las tareas de clase en la tablet darías por bueno todo lo que conlleva, incluso no verte más en el espejo.

Mientras preparas el desayuno vuelves a pensar en los agujeros. Se te ocurre de pronto, que, si llegan a ser tantos que borren por completo tu reflejo, no va a ser fácil maquillarte. Ya es difícil hacerlo, en el servicio del bar o con el espejito de mano que llevas en el bolso, no quieres ni pensar lo que será hacerlo a ciegas. Sería un problema; tendrías que pedirle a alguna de las otras chicas ayuda. Piensas en lo bien que se le da a tu hija el maquillaje, pero su ayuda está descartada. No puedes maquillarte en casa.

—Mamá, esta tarde voy a necesitar dinero para folios y para un libro —dice Martina nada más entrar en la cocina.

—¿No lo puedes sacar de la biblioteca o pedirlo prestado? —preguntas en tono de fastidio. Ya no sabes de donde sacar dinero para todo.

—Joder, no seas tan roñosa, estás otra vez trabajando, no te quejes tanto...

—Sí hija, me quejo. Sabes que gano poco y que quiero ahorrar algo por si acaso pasa como esta última vez. Si pierdo el trabajo nos quedamos sin ingresos.

—Pues denuncia —te dice decidida—. Si te dedicas a limpiar la mierda de otros, al menos que te den de alta y luego puedas cobrar el paro.

No contestas. La niña te ha salido reivindicativa. Si ella supiera... Un nudo se te pone en la garganta y te entran ganas de llorar, pero aguantas.

—Además hoy es 8 de marzo —dice—, si no exiges tus derechos en un día como hoy, ¿cuándo lo harás? ¡Hay que moverse mamá...! —luego pregunta— ¿Ponemos una bandera morada en la ventana?

Te dan ganas de volverte y arrojarle a la cara toda la mierda que llevas dentro, pero te contienen. Ella no tiene la culpa. ¿Cómo le vas a explicar que para ti no hay 8 de marzo que valga? Nunca has estado en una manifestación de esas que salen por la tele ¡Ojalá hubieses tenido alguna vez un trabajo en el que te hubiesen permitido acudir a una! Y encima la niña quiere poner una banderita. ¡Cómo si eso valiese para algo!

8:15, Martina se marcha a clase y empieza tu día: Limpias los escasos sesenta metros donde vivís de alquiler desde que llegasteis de Colombia y cuando acabas te acercas a la asociación a recoger la bolsa de alimentos que te dan cada dos días —Esto tampoco se lo has contado a tu hija ¿Para qué? —luego te sientas en el sofá con la tablet a buscar trabajo y a actualizar el curriculum. Piensas: “¿Me ayudaría poner que he pasado el Covid? No estás segura, pero lo pones por si acaso. Así pasas la mañana, buscando y pendiente del móvil por si te llaman para alguna entrevista y puedes dejar lo que haces por las tardes, pero no tienes muchas esperanzas, ya has cumplido esa edad en que las mujeres se hacen invisibles, sobre todo a la hora de encontrar trabajo.

A las 15:00 comes con Martina mientras veis en la tele las celebraciones del 8M. Son diferentes a otros años, pero igual de reivindicativas y mientras ves a todas esas mujeres tocando el tambor, algo se remueve en tu interior. Te sientes un poquito culpable por haber renegado por la mañana de este día. En el fondo sabes que es importante que se celebre.

—Al año que viene ponemos una bandera violeta, ¿vale? Recuérdamelo —dices.

Tu hija sonrío y te cuenta que ha participado en un certamen literario del Instituto por el 8 de marzo, cuyo tema es “Mujeres en pandemia” y que ha contado tu historia, —No te importa, ¿verdad mamá? —pregunta, pero antes de que contestes ha cambiado de tema. Parece ser que ha discutido con su amigo Álvaro. —el muy imbécil, dice que las mujeres nos quejamos de vicio, que la igualdad ya se ha alcanzado. He tenido que callarle la boca con algunos datos —y suelta una carcajada antes de cambiar a otra cosa —He decidido que voy a estudiar derecho para meter en la cárcel a todos esos cab...

—¡Esa boca! —la has cortado en seco.

Que poco te gustan las palabrotas y cuantas dice ella. ¿A quién habrá salido? Aun así, no estás enfadada, ves en tu hija algo que tú nunca tuviste. No solo el deseo de cambiar las cosas si no la fuerza para hacerlo. Te gusta que sea así y sientes, por una vez en todo

el día, que aunque tu reflejo se cubra de agujeros y llegue a desaparecer por completo como el de los vampiros, si Martina consigue alcanzar sus sueños habrá merecido la pena. Luego os sentáis juntas a ver un ratito el programa ese de cotilleos de Tele 5.

—Mamá, ¿tú sabes que estos programas atontan a la gente no?

—Sí hija, pero entretienen y así me olvido un poco de los problemas y también del Covid que es de lo único que hablan en todos los canales.

A las 16:30 empiezas a mirar el reloj. Se acerca la hora de irte a trabajar y notas el nudo que se te pone en el estómago. Decides que sí, que este nuevo trabajo es el culpable de esa “nada” que se está tragando tu reflejo, —¿no se estará tragando también mi verdadero yo? —te preguntas. A veces te vienen a la cabeza estos pensamientos y recuerdas que de jovencita quisiste estudiar filosofía. ¿Por qué no lo hiciste? Miras a Martina de reajo y tratas de pensar en otra cosa. De pronto ella pregunta.

—¿Te ha parado la “poli” alguna vez por la noche cuando vuelves a casa? Te habrán dado un justificante en el trabajo, ¿no? Porque llegas super tarde de limpiar esas oficinas.

Tú contestas con un sí rápido, te levantas y vas al cuarto de baño, no quiere que lea en tus ojos que no existe ningún justificante y que vuelves a casa en taxi, gastando parte de lo que ganas para que no te paren por la calle.

A las 17:00 le dices adiós a Martina y sales hacia el trabajo cargando la bolsa con la ropa de faena. Antes de llegar te metes en un bar. Conoces al dueño y te guardará la bolsa hasta que termine la jornada. Entrás al servicio y allí, te quitas la ropa que llevas puesta, te metes en una minifalda demasiado corta; te pones un top demasiado estrecho y cambias tus playeras por unas botas de tacón demasiado altas. Luego levantas la cabeza y contemplas tu rostro en el pedazo de espejo que cuelga de la pared. No haces caso del nuevo hueco que ha aparecido en la mejilla izquierda de tu reflejo y pones en tus párpados un poco de sombra azul para terminar pasando la barra de labios color rojo sangre por tu boca, no sea que te tengas que quitar la mascarilla. Por fin te santiguas y sales del bar. Con paso firme y seguro acompañado de un balanceo de caderas que no practicabas desde que tenías la edad de Martina, te diriges hacia el polígono. Nadie diría que estás muerta de miedo. Nada más llegar, un coche para a tu lado y el tipo que conduce te dice:

—Feliz Día de la Mujer, chata. ¿Cuánto pides?

Antes de entrar en el coche te miras de reajo en el espejo del retrovisor. No te ves.